

El viaje del gato y la tostadora

Llanos Campos

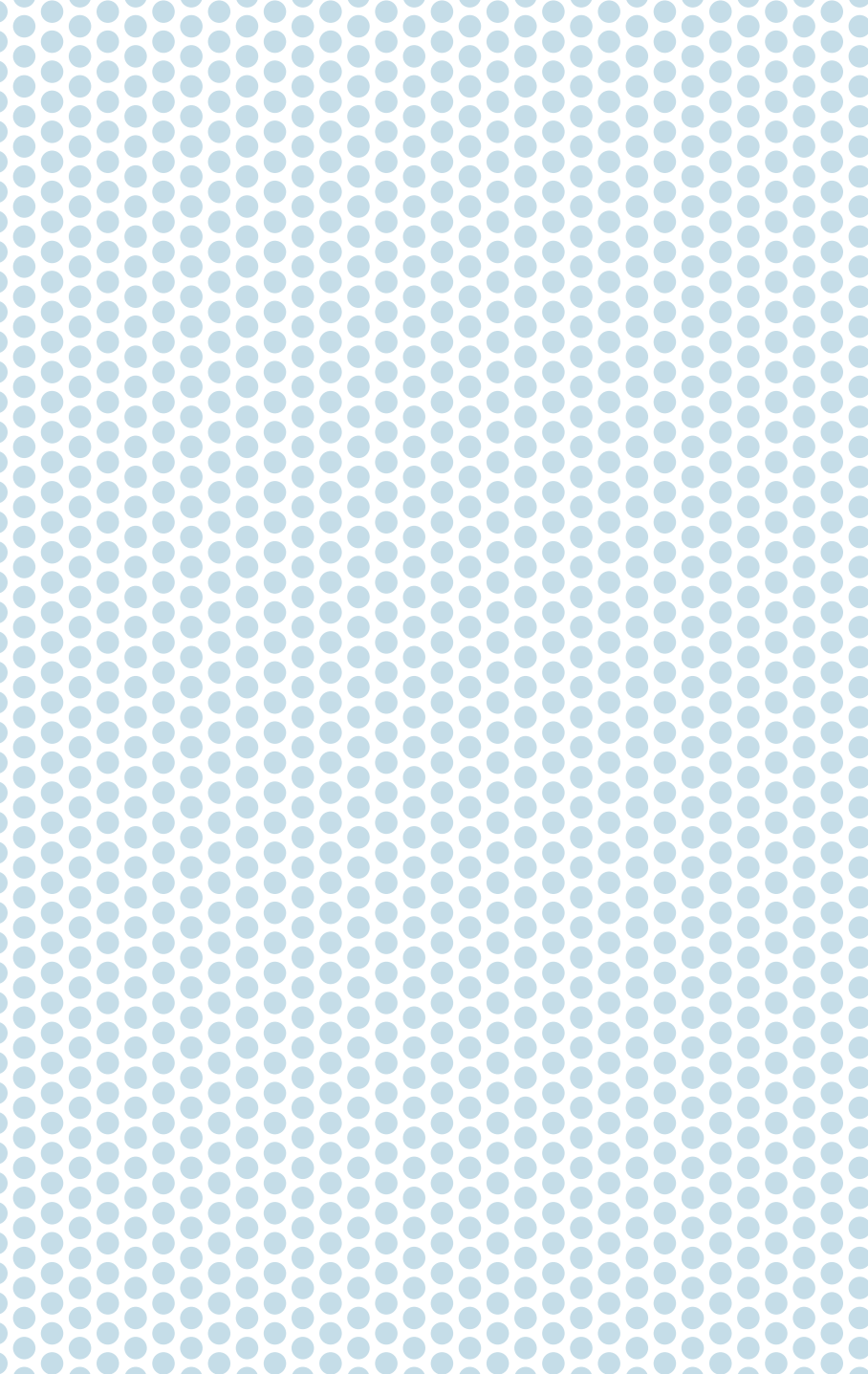
Ilustraciones
de Ana Pez



EL BARCO
DE VAPOR




sm





EL BARCO
DE VAPOR

El viaje del gato y la tostadora

Llanos Campos

Ilustraciones de Ana Pez





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: septiembre de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Llanos Campos, 2018
© de las ilustraciones: Ana Pez, 2018
© Ediciones SM, 2018
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-776-3
Depósito legal: M-27872-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Vera, Claudia y Laia.
¡Cada vez somos más!*

ENTONCES, Capitán encendió su pantalla pectoral y le siguió. En realidad no podía hacer otra cosa; era un robot de asistencia, un modelo CAP T41 programado para servir a Arturo de compañía, ayudante de estudio, agenda, teléfono y guardián. Llevaba puesta la carcasa verde y las ruedas todoterreno para el viaje.

Capitán observó un momento al niño, luego miró la ciudad detrás de ellos, luego de nuevo al chico... Intentó activar la videollamada, pero no encontró el enlace por ninguna parte.

–¿Buscas esto? –Arturo levantó una pequeña tarjeta dorada sin dejar de andar–. Hoy no llamaremos a nadie. ¡Vamos!

Si esa mañana alguien se hubiera cruzado con ellos, no habría podido sospechar que ese niño

rubio, delgaducho y patilargo, con los ojos llenos de sueño y el pelo aún aplastado por la almohada, estaba dando los primeros pasos de un viaje que había de llevarlo más lejos de lo que jamás había ido hasta entonces; ni que justamente ahí, delante de sus narices despreocupadas de persona que madruga para hacer quién sabe qué, estaba empezando la aventura más insensata y sorprendente de la corta vida del muchacho.

Arturo no sabía lo que encontraría al final del camino, ni si sabría explicarse al llegar, pero de todo eso ya se preocuparía después. «Si lo pienso más», se dijo, «no lo haré nunca». Y tenía que ha-



cerlo. Pronto sería tarde. Sí; se haría mayor, y ya sería tarde.

Caminaba en silencio. El sol apenas asomaba por encima de los edificios. Hacía frío y Arturo temblaba un poquito. Bueno, un poquito por el frío y otro poquito por el miedo.

Seguramente sus padres pondrían el grito en el cielo al enterarse, y al volver lo castigarían hasta que se hiciera viejo. La abuela Aurora lloraría y moquearía un buen rato, pero el abuelo no. El abuelo Enrique se limitaría a mirarlo con el ceño fruncido y a señalarlo con el dedo mientras decía «¡Hummm!» por debajo de su enorme bigote. Se



la iba a cargar, eso seguro. Pero ya había tomado una decisión y no se echaría atrás.

Era sábado. Tenía apenas dos días para llegar a su destino y regresar a tiempo. Sus padres estaban en París, o en Roma (o donde fuera, que ya se hacía un lío), y no volverían a la ciudad hasta el domingo por la noche. Él tenía que estar en casa sin falta antes de esa hora; no podía dejar que se dieran cuenta de su ausencia, que llamasen a la policía o (aún peor) que tuvieran que interrumpir el trabajo para buscarle. Cuando regresaran a casa, Arturo ya estaría allí y les contaría (con suerte) una historia fantástica, o (sin ella) una locura con chasco final. En ambos casos, el castigo era seguro.

Mientras recorría las calles vacías, le asaltó la idea de que a lo peor sí que era una locura.

«¿Y si no la encuentro? ¿Y si ya no vive allí? O, aún peor, ¿y si la encuentro... y a ella todo esto le importa un bledo?».

De esos pensamientos lo sacó un cartel luminoso que le cortó el paso. Decía: ARTURO, TENEMOS QUE VOLVER A CASA, en el pecho del CAP.

–¡Que no, Capitán! –dijo el niño manoteando en el aire–. ¡No te pongas pesado!

Y echó de nuevo a andar.

Toda la programación del T41 estaba en contra del peligro de aquella aventura, pero Arturo ya se había ocupado de eso. Con una treta, había conseguido que su madre lo pusiera en modo «Guardián Próximo», y el androide no tenía más remedio que seguirle allá donde fuera.

El chico se detuvo y miró la pantalla pectoral del robot; ahora, un punto verde en un mapa señalaba su posición, y una flecha indicaba la ruta que debían seguir. Al final de ella, una estrella roja parpadeante señalaba el destino. El CAP lo miraba con el ceño fruncido, pero tampoco decía nada; Arturo también le había desactivado el módulo de voz.

—¡No me mires así! No pasará nada. Para eso te traigo precisamente, ¿no? ¡Pues menuda ayuda eres tú! —sintió que le flaqueaba la determinación y dijo—: Anda, muestra la imagen 02 otra vez.

En la tenue luz de la mañana, la luz de la pantalla pectoral de Capitán le iluminó la cara y él sonrió aliviado. Ahí estaba. Por eso estaba haciendo aquello. «No lo olvides, Arturo», se dijo.

—Venga, vamos, Capi.

Así salieron de la ciudad, así dio comienzo este viaje. Pero, en realidad, esta historia había empezado mucho antes: el mismo día en que nació

Arturo, aunque nadie (ni siquiera él, claro) lo sospechara entonces. A los cinco años lo pensó por primera vez, a los seis le dio vergüenza decírselo a sus padres, a los ocho lo hizo y ellos contestaron que era una tontería. A los diez le dieron un montón de buenas razones para negarle lo que pedía, pero no le convencieron en absoluto.

Y solo tres semanas atrás, había comenzado a trazar este plan. Exactamente veinticuatro días después de su undécimo cumpleaños.

Cuando le regalaron, por fin, a Capitán.